

# XVIII Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 55, 1-3; Romanos 8, 35. 37-39; Mateo 14, 13-21

«*Dadles vosotros de comer*»

31 Julio 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«*¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?*»

Algo tiene el tiempo de vacaciones que nos hace anhelar con cierta ansiedad la llegada de estos días de descanso tan esperados. Y es que el corazón sueña con cambiar de aires. Sentimos la necesidad de descansar, de desconectar de la vida que llevamos, del stress y las prisas, del trabajo excesivo y de la falta de sueño. Buscamos lugares y tiempos en los que el corazón y la cabeza puedan recuperar la paz perdida. Paisajes nuevos y compañías agradables. Es hora de aprovechar el tiempo y saber perderlo con aquellos a los que queremos. Tiempo para dormir, pasear, hacer deporte. Pero muchas veces las vacaciones pasan de prisa y, al final, no nos dan el descanso necesario. ¿Sabemos descansar? ¿Nos conocemos y sabemos lo que de verdad necesitamos para desconectar y vivir un tiempo relajado en el que crecer como personas? Las vacaciones no son sólo un tiempo para desconectar, son también un tiempo para crecer, para hacer tantas cosas que durante el resto del año no podemos. Es un tiempo para crecer en profundidad, para navegar en nuestro mundo interior y poder agradecer por el paso de Dios por nuestra vida a lo largo del curso. El Papa Benedicto XVI nos recuerda lo importante que es vivir bien las vacaciones: «*Es importante utilizar estos días para vivir de una manera nueva las relaciones con los demás y con Dios. Si se puede interrumpir el ritmo cotidiano frenético o afanoso, es bueno tomar un poco de tiempo para los demás y para el Señor.*». El tiempo que le quitamos al trabajo y a las obligaciones de cada día, queremos dárselo a los seres queridos y a Dios. Es un tiempo ideal para cuidar vínculos descuidados y para hacer el silencio que muchas veces casi evitamos. Es el tiempo para dedicarnos a actividades que nos descansan y nos llenan el alma. Aprovechar bien las vacaciones es toda una misión en este tiempo.

Dejando las vacaciones a un lado, quería hoy referirme a una palabra interesante: la **simpatía**. Un día, viajando en coche, tuve la oportunidad de escuchar un programa en el que hablaban de ello. Destacaban lo importante que era la simpatía para enfrentar la vida. Es verdad, la simpatía es fundamental. Una definición la define como: «*Modo de ser y carácter de una persona que la hacen atractiva o agradable a las demás*». Pensaba que a todos en esta vida nos gusta caer simpáticos, nos gusta ser queridos y aceptados. A veces nos obsesiona demasiado lo que los demás piensan de nosotros y hacemos esfuerzos por caer bien a todos, sin darnos cuenta de que eso es imposible. Nunca les caeremos bien a todos. Al mismo tiempo, a todos nos gusta que nos traten bien y nos ayuda encontrarnos en el camino con médicos, enfermeros, sacerdotes, funcionarios simpáticos que facilitan las cosas en lugar de poner un muro ante nuestro paso. La simpatía es un don de Dios que se nos regala al nacer o se nos priva de él. Las personas simpáticas lo son desde la cuna. No obstante, aunque no tengamos esa simpatía concedida por el nacimiento, también podemos educarnos para ser más simpáticos de lo que a veces somos. Una sonrisa cambia nuestro rostro y facilita los encuentros. No todo está perdido, podemos cambiar y no es excusa decir que no somos simpáticos y ya está, como si eso justificara siempre nuestras malas contestaciones o nuestras reacciones distantes. Una palabra agradable abre los corazones. Lo que está claro es que la antipatía nos aleja de las personas y nos

hace incapaces de mostrar el verdadero rostro de Dios. Porque cuando pensamos en Jesús en la tierra, y pensamos en María, nos imaginamos siempre sus sonrisas, su simpatía que los hacía cercanos a las personas. **Es por eso la simpatía un don de Dios, porque acerca a Dios a los hombres y nos abre las puertas del corazón de las personas.**

**Si la simpatía es importante, otra virtud es todavía más necesaria: la empatía.** Un significado esclarecedor es el siguiente: «*Es un sentimiento de participación afectiva de una persona en la realidad que afecta a otra*». O según otra definición: «*Es la capacidad o proceso de penetrar profundamente dentro de los sentimientos y motivos del otro*». Tener empatía es tener la capacidad para ponernos en el lugar del otro. La empatía se posee como cualidad desde que nacemos, pero, al mismo tiempo, se puede cultivar y desarrollar. La empatía es una virtud que va más allá de la simpatía, es más necesaria para la vida. ¡Cuántas personas son incapaces de ponerse en la piel del otro y comprender lo que pasa en sus corazones! Observan la realidad desde su posición, desde su ángulo y consideran que su visión es la única verdadera. Se construyen una realidad que piensan que es la verdadera y por eso es tan difícil hacerles comprender otros puntos de vista. Se cierran en sus creencias, sin ser capaces de abrirse a otras perspectivas. Cuando no somos empáticos no sabemos acompañar a los demás en el sufrimiento y es difícil que podamos actuar con misericordia, porque vivimos centrados en nosotros mismos, incapaces de salir de nuestro yo. Las personas empáticas sufren más y saben interpretar mejor lo que ocurre en el alma de los que están a cerca de ellos. **Cuando somos empáticos nos abrimos a las necesidades de los demás y somos capaces de percibir lo que podemos hacer por ellos.**

**La empatía nos hace más humanos y nos capacita para la vida, para la misericordia, para el amor hacia los que sufren.** La empatía nos permite sufrir con el que sufre y reír con el que ríe. Nos acerca a las personas e impide nuestro aislamiento. Cuando somos empáticos nos damos cuenta de las necesidades de los que nos rodean y dejamos de lado nuestras propias preocupaciones. Percibimos su sufrimiento y nos acercamos a los más necesitados. Nos hacemos más humanos y ello nos acerca a los pequeños e indefensos. Wanda Póltawska, en sus revelaciones de los textos autobiográficos sobre la amistad de su familia con Juan Pablo II, comentaba sus sentimientos después de vivir cuatro años en un campo de concentración donde había experimentado la deshumanización del ser humano: «*De esa forma me formé la siguiente idea del ser humano: que es capaz de impulsos, de una muerte heroica, pero incapaz de vivir de manera humana su vida cotidiana*»<sup>1</sup>. En un ambiente tan deshumanizado, tan falto de amor y de misericordia como era un campo de concentración; en un lugar tan lleno de odio y crueldad, el corazón del hombre se deshumaniza con facilidad. Cuando ella logró salir de allí, al confrontarse con el mundo en libertad, se sintió profundamente incomprendida por los demás y no le encontraba sentido a la vida: «*Tenía la impresión de que nadie era normal. De que todo el mundo corría detrás de algo que, en el fondo, no tenía ningún sentido, porque, en general, ¿qué tenía sentido? Tenía un sentimiento de aislamiento a pesar de haber regresado con mis familiares y amigos, salvados del huracán de la guerra, pero, ¡ellos no me comprendían!*»<sup>2</sup>. Sentía que nadie podía comprenderla si no había vivido lo mismo que ella. Este sentimiento se mantuvo hasta el día en que se encontró con el sacerdote Karol Wojtyła; en ese encuentro pudo percibir la misericordia y la comprensión de otro corazón, el corazón de un padre aunque él no hubiera pasado lo mismo que ella. A partir de ese momento todo empezó a cambiar en su forma de ver la vida, encontró un sentido. **Comprender a otro no depende de que hayamos vivido o no experiencias similares. La misericordia nos hace comprender.**

**Cuando nos confrontamos con el mundo deshumanizado en el que vivimos, podemos**

---

<sup>1</sup> Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 35

<sup>2</sup> Ibídem, 36

**volvernos insensibles y pensar que la vida no tiene sentido.** El mundo actual está deshumanizado. Todos corren de un lado a otro persiguiendo sueños. Corremos el riesgo de deshumanizarnos, encerrados en nuestras propias necesidades y preocupaciones, sin pensar que muchos sufren a nuestro alrededor. La crisis nos confronta con lo verdaderamente importante y nos hace más conscientes de las necesidades de los que sufren muy cerca de nosotros. Cuando vivimos encerrados en nuestros miedos perdemos la capacidad de sufrir con los que sufren y acompañar con nuestra vida a los necesitados. Decía el Padre Pío: «*Los hijos del mundo se encuentran todos separados unos de otros porque tienen el corazón en distinto lugar. Los hijos de Dios, teniendo todos un mismo tesoro que es Dios, están por tanto siempre unidos*». Nosotros estamos llamados a poner nuestro corazón en Dios y allí unirnos a todos los que sufren. Cuando lo tenemos anclado en Dios somos capaces de amar sin barreras. Al hombre de hoy le cuesta amar a todos. Ama a los suyos, a los que lo aman. Pero amar sin buscar nada a cambio es un don de Dios en nuestra vida. Justo el otro día celebramos a San Joaquín y Santa Ana y recordamos en ellos a todos los abuelos. Leía en relación con esa fiesta: «*La sociedad narcisista en la que vivimos valora la eficacia y da culto a lo joven, bello y hermoso. La vejez es un contravalor y no se estima la sabiduría del corazón que representan los años*». Nos cerramos y no nos abrimos a tantas personas que, en su vejez, siguen ofreciendo su vida y su amor a los suyos en un gesto de fidelidad cotidiano. No nos abrimos a los que sufren y no están tan cerca de nuestro corazón. No nos abrimos a los que viven aislados, rechazados. **Hoy queremos pedirle a Dios la capacidad para abrirnos al que sufre como lo hace Jesús en el Evangelio.**

**Hoy nos encontramos ante un Jesús que sufre con el que sufre y se acerca al que padece necesidad.** Muchos lo perseguían para quedar sanados: «*Se marchó de allí en barca, a un sitio tranquilo y apartado. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos*». En las lecturas de hoy aparece la necesidad del hombre expresada en el deseo de escuchar las palabras de Jesús, de recibir la sanación de sus heridas. Isaías lo expresa así: «*Oíd, sedientos todos, acudid por agua, también los que no tenéis dinero: venid, comprad trigo, comed sin pagar vino y leche de balde. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta, y el salario en lo que no da hartura?*». En el Evangelio Jesús contempla a la gente hambrienta y necesitada de amor y de pan. No se aleja de ellos porque siente lástima y compasión por sus vidas que no tienen pastor: «*Al desembarcar, vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos. Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle: -Estamos en despoblado y es muy tarde, despidete a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer*». Observa su necesidad y comprende que tienen hambre. El hambre es una necesidad primaria para el hombre. Con hambre no podemos vivir. El hombre que padece hambre hasta el extremo se acaba deshumanizando, pierde por culpa del hambre valores más verdaderos e importantes. Los hombres que buscaban a Jesús para escuchar sus palabras y sanar las enfermedades que padecían, tenían hambre, un hambre de pan en primer lugar. Pero, además, sufrían un hambre más espiritual. Su hambre más profunda era hambre de Dios. Necesitaban a alguien que les diera sentido a sus vidas, **alguien que colmara sus anhelos de infinito, alguien que diera respuestas a sus preguntas últimas.**

**Ante la necesidad del hombre la respuesta de Dios es siempre la misericordia. Dios se abaja sobre el hombre necesitado y menesteroso.** El otro día escuchaba: «*La verdadera fortaleza radica en la compasión y no en el rechazo*». La fortaleza de Dios es su misericordia, es su debilidad que le hace arrodillarse ante el hombre; mientras que nosotros muchas veces rechazamos al que nos incomoda con sus peticiones y necesidades que nos parecen poco importantes o inoportunas. Nos quedamos protegidos en nuestro bienestar pendientes más de nuestros miedos e inseguridades. Isaías nos muestra ese amor de Dios que se acerca al pobre: «*Escuchadme atentos, y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Inclinad el oído, venid a mí: escuchadme, y viviréis. Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa que aseguré a David*». Isaías 55, 1-3. Y en el salmo escuchamos: «*Abres tú la mano,*

*Señor, y nos sacias de favores. El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas. Abres tú la mano, y sacias de favores a todo viviente. El Señor es bondadoso en todas sus acciones; cerca está el Señor de los que lo invocan sinceramente». Sal 144, 8-9. 15-16. 17-18.* La misericordia surge de la empatía de Dios, de su capacidad para ponerse en nuestro lugar y saciar nuestras necesidades. Dios nos conoce hasta lo más profundo como nos lo recuerda Juan Pablo II. Sólo Él nos conoce tal y como somos: «*El ser humano sólo puede abrirse por completo ante Dios, pues Dios es el único que ve al ser humano en su totalidad. El ser humano es impotente ante la apertura total, la «desnudez», de otro hombre. Sólo Dios puede ayudarle y, por eso, es importante abrirse por completo a Dios y entregarse totalmente*»<sup>3</sup>. El hombre con hambre sólo pudo abrirse ante Dios para experimentar su misericordia. Dios calma el hambre más profunda del hombre porque sólo Él conoce lo que necesita nuestro corazón que intenta saciarse con bienes que pasan. **Sólo en Él encontramos respuestas y quedamos satisfechos.**

**La apertura ante Dios es el camino que tenemos que seguir para poder vivir nosotros como vivió Jesús, siendo un signo de su misericordia en medio de los hombres.** Sólo él nos conoce en profundidad y sabe lo que nos inquieta. Necesitamos a Dios y a Dios volvemos continuamente. Lo amamos aunque nos cuesta percibir su amor como nos lo recuerda Sta. Teresita del Niño Jesús: «*Jesús te ama con un amor tan grande, que, si lo vieras, caerías en un éxtasis de felicidad, pero no lo ves y sufres*». El amor de Dios se nos olvida, no lo sentimos, nos parece esquivo y por eso mendigamos amores pequeños creyendo que serán capaces de calmar el hambre. Es necesario que no nos cansemos nunca de perseguir a Dios, de buscar siempre al Dios de los consuelos y no tanto el consuelo de Dios. Es el amor de Dios el que tiene que sostener nuestro amor y no tanto nuestra satisfacción personal o los logros de cada día. Por eso queremos exclamar con S. Pablo lo expresa con otras palabras: «*¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?, ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Pero en todo esto vencemos fácilmente por aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro*». Romanos 8, 35. 37-39. Nadie debería tener el poder para apartarnos del amor de Dios, de su misericordia, si lo buscamos con pasión. Pero muchas veces la escasez y el hambre, la enfermedad o el fracaso, o esa cruz que no acabamos de comprender, pueden ser más fuertes que nuestra promesa de fidelidad y entonces caemos y nos alejamos de su amor. Pienso en las palabras de Wanda al saber la gravedad de la enfermedad que padecía: «*Intento querer para mí sólo aquello que él mismo quiere. Él es Amor, no me puede hacer daño. Pero me falta cierta confianza, ¡tengo que rezar para que Dios me dé confianza, porque no la tengo!*»<sup>4</sup> Nos gustaría vivir lo que S. Pablo dice, pero muchas veces nos cuesta. Nos falta esa confianza, esa capacidad para abandonarnos en su amor paternal. Una persona me comentaba en su dolor la oración que a diario le dirigía a María: «*Mater, agárrame fuerte de la mano y guíame en esta parte del camino que creo que no aguantaré, porque me siento incapaz de nada, porque no sé si es lo que Túquieres, porque yo no lo quiero así*». Cuando llega **el dolor no es tan fácil permanecer firmes en el amor, fieles en nuestras promesas.**

**Hoy Jesús no quiere simplemente hacer un milagro sin nuestra colaboración, Él nos necesita:** «*Jesús les replicó: -No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer*». Cuando nosotros nos damos cuenta del hambre que hay a nuestro alrededor le gritamos a Dios para que interceda. Nos rebelamos ante las injusticias, ante las muertes sin sentido, ante el dolor que nos desespera. Queremos milagros inmediatos, que solucionen los problemas propios y ajenos, y curen las enfermedades que no entendemos. Pero Jesús

<sup>3</sup> Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 59

<sup>4</sup> Ibídem, 77

necesita nuestras manos para actuar, nuestras torpes palabras, nuestros gestos débiles de misericordia. Necesita nuestro sí, porque el hombre de hoy no se siente comprendido. Decía el P. Kentenich: «*¡Cómo sufre el hombre de hoy bajo el peso de sus debilidades, no sólo de sus pecados! Pero si le indico el camino hacia los brazos de Dios, estoy practicando una comprensión enaltecedora!*<sup>5</sup>». Dios quiere que entreguemos todo lo que tenemos para así poder actuar Él. Quiere que llevemos a los hombres hasta Él para que en Él experimenten la verdadera misericordia. Decía S. Ignacio: «*En todo amar y servir*». Necesita nuestras palabras, nuestra pobreza, nuestras mismas heridas. Lo necesita todo, aunque a veces, como los apóstoles, nos avergoncemos de lo poco que tenemos: «*Ellos le replicaron: -Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces*». Muchas veces nos damos cuenta de nuestra pobreza y sentimos que con ello no podemos saciar el hambre que hay a nuestro alrededor. Corremos el riesgo de no querer entregar esos cinco panes y dos peces pensando que son insuficientes. Una persona me decía: «*Ojalá pudiera cambiar mi mirada ante mis heridas, cambiar mi actitud y ver la misión que el Padre me está pidiendo*». En nuestras heridas, en nuestras propias crudas, hay una misión escondida para saciar a los que tienen hambre, **a los que viven sin entender queriendo cambiar los planes de Dios.**

**Jesús nunca desprecia nuestros pocos medios, al contrario, nos los pide, porque los necesita:** «*Les dijo: -Traédmelos. Mandó a la gente que se recostara en la hierba y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños*». Mateo 14, 13-21. Y entonces ocurre el milagro, sólo cuando lo hemos entregado todo. San Basilio comenta: «*Ya que la recompensa de las buenas obras revierte en beneficio de los que las hacen. Cuando das al necesitado, lo que le das se convierte en algo tuyo y se te devuelve acrecentado*». Nuestras obras de misericordia son la presencia de Dios en nuestro mundo tan faltó de amor. Una persona me comentaba: «*Tengo una debilidad con los más pobres y menos queridos. Siempre la he tenido. Con los peores. Con los que nadie quiere. Es una debilidad preciosa. Siento que estar con ellos me hace bien*». Es necesario que lo entreguemos todo y no nos guardemos nada en el corazón especialmente con los que más sufren y necesitan. Dios quiere nuestro tiempo, nuestras palabras pobres, nuestro amor que se enreda en su debilidad. Dios quiere nuestro sí sencillo a sus planes y quiere que estemos allí donde Él quiere hacernos fecundos e instrumentos de su amor misericordioso.

**Jesús sacia el hambre de los hombres, el hambre de un pan que vuelve a ser necesario con el paso del tiempo, porque quiere saciar nuestra verdadera hambre.** En este mundo carente de misericordia es donde Dios nos pide que actuemos y repartamos el pan del amor de Dios, el pan verdadero. Una persona me comentaba cómo María aparece siempre, en la dificultad, como la Madre del pan, que sacia nuestra hambre: «*Convivimos en el mundo donde triunfa la injusticia derivada del pecado, y cuando el alrededor parece que se nos desmorona es el momento de dirigir nuestros ojos a Nuestra Madre, la que siempre está, la que nunca falla, la que nos enseña que hay que confiar y que hay que esperar*». Ella nos enseña a confiar y a no dejar de dar nuestros panes y peces, nuestras manos débiles para sostener muros a punto de derrumbarse y levantar torres que toquen las alturas. Nuestros panes y peces son necesarios, aunque nos parezcan insignificantes. María necesita nuestra entrega para poder servirse de nosotros como sus instrumentos dóciles. Nos necesita obedientes como dice el P. Kentenich: «*Nuestra voluntad caprichosa, el escollo más grande para nuestro carácter de instrumentos, sólo puede ser vencida por una obediencia perfecta y signada por el amor*<sup>6</sup>». Con esa obediencia queremos vivir unidos a María para entregar todo lo que tenemos. **Miramos a María y le decimos: nosotros les daremos de comer.**

---

<sup>5</sup> J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, 446

<sup>6</sup> Kentenich Reader, T II, 225